



La Vida de un Luchador

El "quietismo" que caracteriza al largo período de gobierno dictatorial de don Porfirio Díaz, no sólo se concentró en la vida pública; antes bien alcanzó singular reflejo en la historia individual de los ciudadanos. La iniciativa particular de entonces no se informaba en la amplia visión de la colectividad; no abarcaba los problemas con harta razón llamados nacionales: encerrábase en la pequeña órbita de los intereses personales. — Por eso el luchador tenía extraña semejanza con el mercachifle, y la obra por éste realizada no iba más allá de los grandes capitales y de las grandes posiciones sociales y políticas.

Fué después, a partir de la famosa entrevista Creelman, cuando aparecieron los hombres de acción que se inspiraban, para la lucha, en el logro de los ideales de bienestar colectivo. Alcanzaba en aquella sazón la dictadura su apoteosis de magno esplendor. Quienes los vieron surgir, tuviéronlos por débiles y pequeños. El carnaval político de grandezas a que nos tenían habituados las ceremonias imperiales y luengos años de adulación periodística, no permitía que a los espíritus de los más, aletargados por un largo sueño de seis lustros, se apareciera la verdad desnuda de nuestras sociales miserias, de nuestras lacras, de nuestros servilismos. Y natural era, por ende, que quienes por primera vez levantaron la voz, fueran tenidos por ilusos, cuando no por locos de atar.

Cuatro años de tragedia han bastado para trocar los conceptos. Del escenario social, hondamente conmovido por trascendentales sucesos, desaparecieron los luchadores convenencieros de ayer: quedan, tan sólo, los que arrostrando la indiferencia de la opinión, las persecuciones llevadas a cabo por el poder público, la soledad de las cárceles, y hasta la fría amenaza de la muerte, continúan bregando y bregarán en tanto no cristalicen los justos ideales de redención proclamados por ellos mismos, cuando eran débiles y pobres, ante el brillo deslumbrador de un gobierno petrificado y triunfante.